

Fray Juan Bautista Viseo, *Huehuetlahtolli. Testimonio de la antigua palabra*. Estudio introductorio de Miguel León-Portilla, versión de los textos nahuas, Librado Silva Galeana, México, Secretaría de Educación Pública, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Fray Bautista Viseo definió los *huehuetlahtolli* como “pláticas que los padres y madres hicieron a sus hijos y a sus hijas, y los señores a sus vasallos, todas llenas de doctrina moral y política”. Si partimos de estas pocas líneas podemos formarnos una idea bastante precisa de lo que esta literatura significó. Era un saber ancestral ofrecido como modelo de conducta y transmitido —lógicamente— por tradición oral, aunque con apoyo en los códices pictográficos. Lo que ocurre es que unos frailes conocieron los textos y los salvaron, e incluso se aprovecharon de las buenas enseñanzas que encerraban. Fue fray Andrés de Olmos, el gran nahuatlato del siglo xvi, quien tomó sobre sí la hermosa tarea de conservar aquella riqueza: hizo, como Sahagún en otro orden de cosas y Juan de Betanzos en el suyo, unas encuestas antropológicas que le sirvieron para poseer toda esta sabiduría. Gentes principales de los aztecas transcribieron los saberes encerrados en los códices de pinturas y, sin la presencia de fray Andrés, fueron aduciendo los textos en su propia lengua. Después, el buen fraile los tradujo sin cambiar una tilde. Tenemos, pues, algo que no podemos echar en saco roto: el saber de aquél —o aquéllos— doctrineros, su respeto a una tradición ajena y la sagacidad para obtener los textos. Después habría que añadir otras muchas cosas: el traducir palabra por palabra qué significa una teoría lingüística sobre la que todavía discutimos y que consta, también, en las páginas bilingües que nos da Librado Silva Galeana, responsable de la edición que manejamos.

Pero si esto nos sirve para evocar con honra a unos frailes del quinientos, nos permite también conocer una parcela de la literatura náhuatl. Porque las normas de conducta valen en todo tiempo y, si tienen valores absolutos, para todos los hombres. De ahí que mucho tengamos que agradecer a esos sabios distanciados por siglos (Olmos-Silva Galeana), al clérigo que amplió el saber antiguo con las palabras de la cristianización (fray Juan Bautista Viseo) y al investigador que ha puntualizado mil problemas para salvar lagunas de ignorancia (León-Portilla). Planteadas así las cosas hemos de recurrir a no pocas cuestiones: el arte de traducir, el tipo de lengua que se empleó, la validez de la doctrina y la cristianización. Junto a tal complejidad de asuntos, otros no escasos se nos irán entrecruzando.

Al considerar este abanico de posibilidades, lo primero que debemos tener presente es al hombre que da posibilidad a todo lo demás. Mi-

guel León-Portilla, gran nombre, nos da una introducción de la que apenas si podré tomar algún motivo. Nos dice que en los jeroglíficos del México antiguo aparece la figura del *temachtiani* o maestro, cuyos atributos coinciden con el *tlamatini* o sabio. Las dos palabras reflejan un tipo de personas que son en sí mismas ejemplares; son las que saben las cosas, los que hacen que los demás sepan y conozcan lo que está sobre la tierra. Bellísima definición de las más noble de las profesiones; a ellos, a los *tlamatini* se confiaba la "preservación y transmisión de los testimonios de la antigua palabra". Leer lo que fray Bernardino de Sahagún recogió sobre maestros y sabios (¿acaso, si lo son de verdad, no se tratará de la misma cosa?) es algo que muestra la altura alcanzada por la sabiduría de los nahuas y la ordenación jerárquica de su vida social. Pero no debemos discurrir sobre esto sino sobre los modestos postulados que me he trazado. Los maestros guardaron los códices y otros sabios los tradujeron. No cabe duda: la lengua en la que se escribía la doctrina era una lengua culta (*tecpillahcolli* o palabra noble), adornada con primores retóricos. Si trasladáramos esto a nuestra cultura, pensaríamos en la eficacia del lenguaje metafórico que se nos ofrece; unas veces bellamente expresivo ("Ya sabes que el venado, cuando lo persiguen, va asustado, no sabe que va para caer en la trampa donde morirá. ¿Y tú, acaso eres venado para que no sepas dónde vas?"), otras, reflejo de una complicada elaboración cultural ("Y de quienes tienen falda, camisa, así también podrás merecer lo que de sus manos viene, lo que de sus manos sale, quizás sólo un huso, dos husos, o el agua, el metate" = "También merecerás lo que viene de las mujeres, pues harán para ti los que son sus trabajos propios"). Estas pocas muestras nos llevan de la mano al arte de traducir: Silva Galeana ha sido escrupuloso y ha buscado que la fidelidad fuera acompañada de belleza expresiva. Creo que podría recomendar no pocos fragmentos; sirvanos la exhortación del padre al hijo ya casado: "Hijo mío, águila, ocelote (= es decir, guerrero), cola, ala (— hombre del pueblo). ¿Y quizás aquí, en tu muñeca, en tu garganta, andarán atados un labio, dos labios (— las palabras), el jade (= la palabra que instruye) que te he dado a guardar? Un día, dos días, a ti que eres obstinado, te he hecho merced de algo que está bien concluido; con lo seco, lo húmedo (= los objetos del sacrificio) te he andado corrigiendo; un día, dos días, en tus orejas, en tu corazón he andado colgado (— en ti he inculcado la palabra que orienta, el consejo), yo, tu padre, tu madre".

La doctrina que estos textos exponen no sólo vale para los nahuas, sino para los cristianos también. Porque incitar a que los hijos se ejerciten en el bien o las hijas aprendan sus deberes, seguir los pasos del

niño por la adolescencia, la juventud y la madurez, no se agostan en una cultura, y así podríamos ir aduciendo capítulo tras capítulo hasta llegar a esos que fray Juan Bautista Visco introduce motivos del cristianismo. No sólo entonces, sino en otras no pocas ocasiones, la validez de la doctrina se ha asimilado a lo que el fraile quiere inculcar. Copiaré una referencia, tan sólo por su brevedad: “Y si no es así, si le lloraste, si moviste a compasión al Señor Nuestro . . . *así a Él irás, subirás a su casa en el cielo, allá vendrá a recibirte*” (entre asteriscos figuran los elementos de la cristianización). Leemos estos textos y pensamos en otros, bien diferentes, pero en los cuales la cristianización también penetró. Así en el *Chilam Balam de Maní* se lee: “Cuando acabe la raíz del 13 Ahau Katún / sucederá que verá el Itzá. / Sucederá que verá allí en Tancah / la señal del Señor, Dios Único. / Llegará. Se enseñará el madero asentado sobre los pueblos, / (. . .) Ya viene a tu pueblo tu amo. ¡Oh Itzá! / Ya viene a iluminar tu señal de Dios. / Señor, buena es la palabra del Dios que viene a nosotros, / el que viene a tu pueblo con palabras del día de la resurrección. / (. . .) Señor: el madero antiguo es sustituido por el nuevo”.

Junto al espíritu de la nueva religión, penetraron las palabras de la nueva cultura. En español se insertan *cruz*, *alcalde*, *regidor*, *padre* —los padres—, *diablo*, etcétera. Pienso en lo que postuló el padre José de Acosta y en lo que descubrimos en tantos manuales de confesión. Los textos denuncian ya un sincretismo que, en ocasiones, se hace transparente. Es el tributo que vino a pagarse por esta salvación, pero fácilmente soslayable.

No pocas consideraciones podríamos seguir haciendo, pues como se dice en la plática de los gobernantes acerca del bienestar del pueblo, “en esta exhortación pueden tomar ejemplo otros pueblos”. No sólo en ésta, sino en otras muchas, pues como dijo fray Bartolomé de las Casas, en su *Apologética historia*, “son cosa de notar en gente que ha sido hasta agora tan menospreciada”. Quisiera que la afirmación del dominico fuera cierta en su primera parte; él mismo trabajó para que no valiera el final de sus palabras. Ya no podrá decirse tras la lectura de este libro.

MANUEL ALVAR
De la Real Academia Española